

## El Arte en Chile



N pocos días más, la Exposición Internacional de Bellas Artes abrirá sus puertas, y Chile quedará consagrado como un país de una cultura tan refinada que pudo celebrar el aniversario de su primer siglo de vida de nación libre con una manifestación que revela la intensidad de sus instintos y de sus gustos intelectuales y artísticos. El momento no puede ser más oportuno para estudiar el nacimiento y el desarrollo del arte en Chile, y hacer una historia de su vida artística tan brillante, á pesar de su brevedad.

Porque verdaderamente, la historia del arte en Chile se puede decir que tuvo su principio á mediados del siglo pasado, es decir, hace poco más de cincuenta años. Antes, las manifestaciones artísticas eran casi desconocidas.

Durante toda la época de la conquista y del imperio español, los nuevos pobladores de Chile importaron, cierto número de obras de arte, de las que estaban en boga en su época, pero que eran

los grandes obstáculos que impidieron la infiltración del arte europeo en la América del Sur: á pesar de la obstrucción de los gobiernos de antaño, el pensamiento de la Europa podía llegar, con los libros, atravesando la cordillera y el océano, pero no pasaba lo mismo con las obras de arte pictural ó escultórico. La falta de modelos que pudieran fijar ciertas ideas, provocar, quizás, la vocación de muchos jóvenes, fué sin duda, la causa de que muchos años después que grandes poetas y literatos se habían revelado en América y habían llamado la atención del mundo, todavía ningún artista pintor ó escultor se hubiera manifestado.

El resultado fué que, cuando con los rápidos progresos de la civilización, estas naciones nuevas necesitaron monumentos, decoraciones y estatuas, tuvieron que dirigirse á Europa para conseguirlos y hay que confesarlo, desgraciadamente, la Europa, muchas veces, mandaba obras que dejaban mucho que desear bajo el punto de vista del estilo y de la ejecución: no se formaba ninguna tradición de arte americano, no aparecía un estilo original.

Sin embargo, las naciones americanas, y particularmente Chile,



Cuadro de Antonio Smith

reservadas exclusivamente á los conventos y á los palacios de los virreyes, y ninguna manifestación artística original se manifestó entre los recién llegados á las tierras americanas. Hay que reconocer también que los que llegaban entonces á América tenían otras cosas que hacer que cultivar las bellas artes, y por lo mismo, es muy natural que sus descendientes inmediatos, los primeros representantes de la raza sud-americana actual, habiendo perdido todas las tradiciones de arte de sus antepasados europeos, y, además, teniendo la tarea considerable de colonizar y poblar inmensos territorios, hayan seguido profundamente indiferentes al arte.

Pero, cuando con el progreso de la civilización y el refinamiento constante y continuo de las altas capas sociales, las preocupaciones materiales de la lucha por la vida dejaron lugar á las aspiraciones intelectuales y artísticas, entonces el alejamiento de los grandes centros artísticos, la dificultad de las comunicaciones fueron

desarrollándose de una manera cada vez más brillante, y por otra parte los progresos de la navegación, haciendo, sino desaparecer, por lo menos disminuir notablemente los inconvenientes de la distancia, la cuestión de las bellas artes debía plantearse; ya se hacía indispensable que ellos tomaran su lugar debajo del hermoso sol de la América del Sur. El gran soplo de libertad y de emancipación producido por la Revolución Francesa había salvado los Océanos; la aurora de los tiempos nuevos había alumbrado á la América y las jóvenes naciones, después de haber conquistado su independencia, llenas del más magnífico entusiasmo, quisieron mostrar al viejo mundo, hasta qué punto eran ellas dignas de esta independencia, organizando su vida social y tomando como modelos á las naciones de Europa, que estaban entonces, que están todavía á la vanguardia de la civilización. La necesidad del *Arte* en todas sus manifestaciones se impuso.



Cuadro de A. Orrego Luco

Desgraciadamente, la falta de atmósfera artística por la ausencia de tradiciones y de un pasado de arte, era un tremendo obstáculo, aún para un principio de organización. Además, la época era particularmente peligrosa, coincidiendo con la aparición en Europa, de la industria moderna, de la fabricación mecánica y barata, triste aurora de la "pacotilla", reverso de la medalla del progreso. La Europa á pesar de estar armada con sus tradiciones y su pasado artístico tuvo que luchar para que no se echara á perder su buen gusto y su educación, frutos de largos siglos de arte; ¿cómo iban á resistir esta prueba cerebros, vírgenes todavía, de toda idea de arte y naturalmente dispuestos á acoger las primeras impresiones recibidas? ¿Irían estas aspiraciones artísticas á ser pervertidas al tiempo de nacer, por la invasión de este falso lujo, fácilmente adquirido bajo la forma de los productos bastardos de una industria rápida, fabricando con materiales de mala calidad, groseras imitaciones de todos los estilos conocidos, ó mezclándolos para producir monstruosidades híbridas, verdaderos atentados contra

todo el arte del pasado? Fué esa una crisis que asoló el mundo durante algún tiempo y contra lo cual se ha producido desde unos quince años una reacción victoriosa cuyas iniciadoras fueron la Francia y la Inglaterra. Y al fin para concretarme al bello arte de la pintura ¿tendría la mala suerte América de conocer los cromos antes de la verdadera pintura?

Una circunstancia feliz é inesperada vino á salvar á Chile de este peligro, al mismo tiempo que iba á dar una admirable dirección á las aspiraciones artísticas de los chilenos y principiar de la manera más espléndida la historia artística del país: esta circunstancia fué la llegada y la larga permanencia en Chile del pintor francés Monvoisin.

Hace algunos meses consagré una de estas conversaciones sobre arte á este notable artista que tuvo una influencia tan grande sobre los destinos artísticos de Chile. Monvoisin llegó á Santiago en una época brillante de riqueza y de lujo y ejecutó una larga serie de retratos, algunos de los cuales son de primer orden. Serán



Cuadro de A. Orrego Luco

muy raras las familias de la antigua aristocracia de Chile que no tengan en sus salones retratos pintados por el artista francés.

A la época de la llegada de Monvoisin á Chile, no existía ninguna organización artística, y por consiguiente ninguna escuela de Bellas Artes. El creó una especie de academia artística, pero enteramente privada y sin ingerencia alguna del Estado. No pude encontrar sino datos muy vagos sobre esta primera academia, fundada por Monvoisin: sin embargo, hizo algunos discípulos que fueron los primeros pintores nacionales, y entre los cuales se destaca especialmente, Mandiola, cuyos cuadros revelan un vigoroso temperamento de pintor y en que se nota netamente la influencia del maestro.

En estos mismos años que fueron de un brillo extraordinario en la vida de la nación por la pléyade de hombres notables que la colocaron á la altura que hizo de Chile el Estado mejor organizado, cuyos majestuosas figuras dominan todavía á la época

en que contribuyeron, en gran parte, los graves acontecimientos del año 91.

Hace diez años la Escuela estuvo reorganizada en la forma actual sólida y definitiva y cuenta con el más notable cuerpo de maestros, distinguidos artistas nacionales y extranjeros: en pocos meses más, después de la Exposición irá á ocupar el magnífico edificio, anexo al paseo en el Palacio de Bellas Artes.

Cuando se creó la primera Academia de Bellas Artes se llamó para dirigir la clase de escultura á un escultor francés, Auguste François, quien la tuvo á su cargo durante veinte años y que fué reemplazado por el más notable de sus discípulos, don Nicanor Plaza, una de las glorias de la escuela escultórica chilena. Tampoco fué olvidada la arquitectura en el programa de la primera Academia y fué también un francés, Brunet de Baisnes, quien tuvo la dirección de la primera clase organizada: Brunet de Baisnes murió en Santiago, á los pocos años de llegar, y el Gobierno hizo

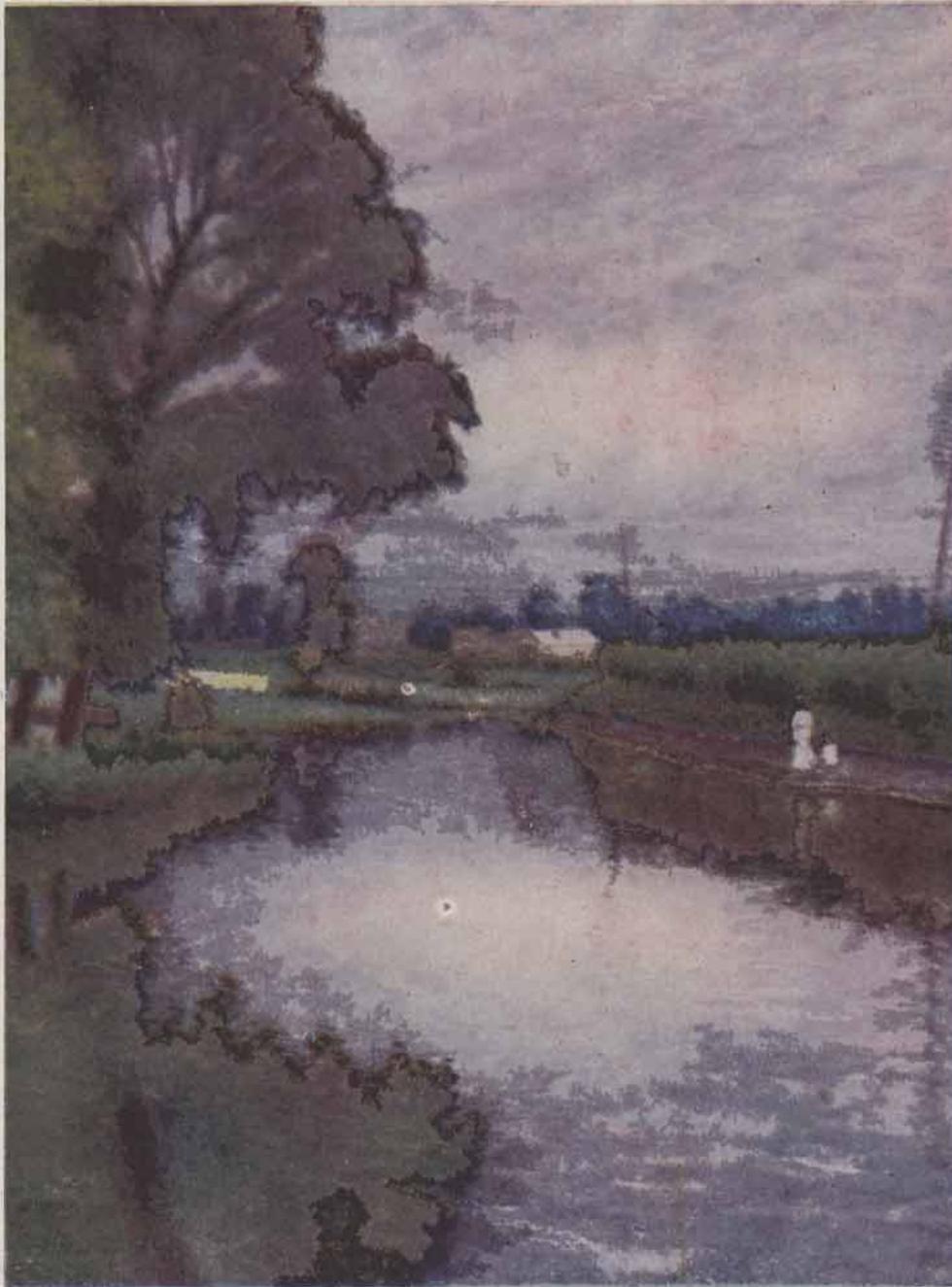


Cuadro de Onofre Jarpa

actual y sirven de ejemplo á los legisladores modernos, los señores Manuel Montt y Antonio Varas, quisieron que ningún punto fuera olvidado ó descuidado, de los que pudieran contribuir al más perfecto desarrollo intelectual y social de su patria y en su programa de organización dieron un lugar á las bellas artes y en 1847, un decreto ordenó la creación de la primera academia oficial de bellas artes. Naturalmente largos años pasaron ante de que este principio de Escuela de Bellas Artes pudiera dar todos sus frutos, pero su existencia, aunque muy rudimentaria era un gran paso para salir de las tinieblas del pasado. El primer director y maestro de la nueva Academia de pintura fué un italiano, Cicarelli, que el Gobierno chileno hizo venir de Río Janeiro, donde era profesor de dibujo. Después de algunos años tuvo como sucesor al pintor alemán Kirbach que, á su vez, fué reemplazado por otro italiano, Mochi, fallecido pocos años, y que fué el primer maestro en Chile de muchos de los pintores chilenos que se encuentran hoy día en el apogeo de su talento y de su carrera. Cuando el pintor Mochi abandonó la dirección de la Escuela de Bellas Artes, ésta atravesó por una época de crisis y de desorganización á la

venir de París, para reemplazarle, á M. Luciano Henault que dirigió la clase de arquitectura durante diez años.

En el período comprendido entre la época de Monvoisin y la brillante generación artística actual, se destacaron algunas figuras de artistas con un brillo especial por ciertas cualidades sobresalientes: los más interesantes y famosos fueron Antonio Smith, á quien don Luis Orrego Lueo le dedicó un notable artículo en uno de los primeros números de *SELECTA* y Antonio Caro, de quien se puede decir que fué el primer pintor verdadero nacional, es decir, profundamente enamorado de las costumbres y de la vida íntima de su país. ¿Y qué sería para Chile, si la ejecución de sus cuadros estuviera á la altura de sus concepciones é intenciones, lo que fueron para sus países, ciertos pintores flamencos ó holandeses, un testigo fijando de una manera definitiva y sumamente interesante para las generaciones futuras, las costumbres de su tiempo? Caro, en una serie de cuadros, cuyo colorido y dibujo dejan desgraciadamente algo que desear, ha reproducido cierto número de escenas populares, de costumbres y de tipos, hoy día desaparecidos y que constituyen ya documentos preciosos y únicos de la vida



Cuadro de Alfredo Helsby

en Chile en el siglo XIX. Creo muy probable que algún día, estos cuadros reunidos en una galería evocarán de una manera impresionante y pintoresca esa época en que Chile, en su robusta juventud, se desarrollaba en nación cada vez más grande y poderosa.

Desgraciadamente, el ejemplo de Caro no fué imitado por otros artistas, cuya ejecución más sabia ó más agradable les hubiera permitido dejar obras más completas y definitivas. Pero, tal como es Caro merece ocupar un lugar aparte en la historia artística de Chile.

## II

He llegado, en este estudio del arte en Chile, á la época moderna y á la evolución sumamente interesante á la cual estamos asistiendo ahora.

La personalidad más fuerte, la de más relieve de la generación que precede á la que se está levantando ahora ¿será necesario decir el nombre? Todo el mundo sabe y reconoce que es don Pedro Lira. Durante treinta ó más años, don Pedro Lira ha sido la figura principal del arte chileno: por sus obras, por su trabajo encarnizado, por su influencia en todas las manifestaciones artísticas, por los apasionamientos en pró y en contra, se puede decir que en este período, él ha encarnado el arte chileno: no es un juicio que yo formulo, es un hecho que constato y creo que nadie podrá negarlo.

Hombre cultísimo y de una sólida educación, don Pedro Lira era admirablemente preparado para ir á París á completar su educación artística empezada aquí y á recibir impresiones fuertes y

nuevas: tuvo, además, la suerte de tener como maestro, á uno de los artistas más distinguidos y más nobles de la segunda mitad del siglo pasado, Elie Delaunay. La influencia de este gran pintor, influencia, por cierto, benéfica y elevada se nota en los cuadros de la primera manera del señor Lira, y si después el artista evolucionó y tomó nuevos rumbos, hacia los cuales lo lleva su espíritu emprendedor y curioso, sin embargo, se siente siempre, aún en las obras de esilo más distinto, la huella de esta sana y robusta enseñanza. Las obras de don Pedro Lira son demasiado numerosas y también demasiado conocidas para que me detenga á examinarlas y á analizarlas, pero en este momento solemne del Centenario, desapasionada é imparcialmente he querido rendir ese homenaje al artista que había ocupado un lugar tan especial en los anales del arte en Chile.

Y ahora, es con tristeza que debo volver á escribir en esta revista el nombre del que fué mi desgraciado amigo, Alfredo Valenzuela Puelma, cuya vida y obra estudié en estas mismas páginas, en el período trágico, entre la enfermedad que lo dirribó traicionadamente y la muerte, esa bienhechora.

El también está seguro de ocupar un lugar glorioso en la historia artística de Chile, y la Ninfa, la Perla del Mercado, el retrato de Mochi, el "plafond" de San Lázaro y tantas otras obras, dirán á las generaciones del porvenir de qué clase superior eran los artistas con que contaba desde sus primeros tiempos la naciente escuela chilena. Otro recuerdo tengo que dedicar también á mi otro amigo, don Ernesto Molina, el pintor refinado, el hombre cultísimo, uno de los iniciadores en Chile del gusto para las obras y los objetos de arte antiguo.

Desde que se organizó la vida artística en Chile, se estableció la tradición de que todos los jóvenes artistas, después de sus primeros estudios se dirigieran á Europa, y más especialmente á París, para completar sus estudios y formar su gusto y sus ideas; la falta de ambiente todavía en el país mismo hacía que este viaje fuera casi una obligación: por eso, con muy raras excepciones todos los artistas chilenos, durante los treinta últimos años pasaron por los talleres de los maestros franceses: la influencia de la escuela francesa y de la intelectualidad artística de los franceses es indudable, y esta influencia fué tanto más fuerte, cuanto que algunos de los artistas chilenos que volvieron después á Chile, la introdujeron y la esparcieron en el país ya muy preparados, por lo demás, para recibirla.

trojeron y la esparcieron en el país ya muy preparados, por lo demás, para recibirla.

Hablaba antes del papel considerable que tuvo don Pedro Lira en el desarrollo artístico chileno: su voluntad fuerte y su carácter algo absorbente—como pasa siempre en las personalidades muy marcadas—hicieron que él impusiera á muchos de sus discípulos, que fueron casi todos los de una generación, las tendencias que había traído de París y también su manera de ver las cosas y de interpretarlas. Sus compañeros de estudio ó de carrera, los Valenzuela Puelma, Molina y otros—toda cuestión de talento aparte—sea que no tuvieran las mismas facilidades para la enseñanza, sea que no supieron atraerse como él, las voluntades, sea al fin, por circunstancias ajenas al arte, no le pudieron disputar el centro de la dirección artística que llevó durante varios años. Pero, como él estaba solo, lo que hacía falta á los jóvenes, al lado de las enseñanzas indudablemente buenas que recibían, era esta cosa tan indispensable en todo orden de especulación intelectual; pero particularmente en el arte, la comparación y la emulación. Y sin embargo no faltaban pintores chilenos de temperamentos muy distintos y de talento sobresaliente. Ya hablé de Valenzuela Puelma y de Molina; la naturaleza inquieta y afebrada del primero, y los gustos tranquilos y sedentarios del segundo los impedían formar escuela; los otros que sobresalían y, gracias á Dios, sobresalen todavía, don José Tomás Errázuriz, don Alberto Orrego Luco, no volvieron más de Europa, donde fijaron su residencia, contribuyendo, de una manera especial, al brillo del arte chileno en el extranjero, pero no influyendo en el propio país, de una manera directa y efectiva: don José Tomás Errázuriz, después de



Cuadro de Valenzuela Llanos

dieron notas verdaderamente nuevas, muy modernas, distintas unas de otras y que tenían el gran mérito de reflejar muy la naturaleza de los autores y de adaptarse á sus temperamentos. Ya todos ellos, pero principalmente el primero, don Félix Alegría, han encontrado su camino: poco faltaba para que el retrato que presentó en el salón pasado el señor Alegría fuera una obra de primer orden. El Gobierno le concedió hace poco la pensión que le permitió ir á reanudar sus estudios en París: no dudo de que con sus admirables cualidades, pueda llegar á la mayor altura en su arte. Tengo también la mejor fe en el porvenir de los compañeros que nombré con él.

Pero, otros jóvenes pintores, sin salir de aquí, supieron encontrar también su camino y su fórmula personal y á su cabeza hay que poner el señor Benito Rebolledo Correa, este artista que se ha formado por sí solo, ha revelado en sus últimas obras un temperamento tan vigoroso y tan sano, una visión tan clara y un sentimiento tan intenso de la luz, de la atmósfera y de la vida que en él también hay indudablemente, como decimos en francés, "*Vétouffe d'un grand peintre*", á su lado, los señores Burchard, que presentó el año pasado un paisaje muy notable, Zúñiga, Lucares, Mannel Núñez, cuyos retratos y cuadros de costumbre, son cada vez más interesantes; Gordon, Caracci y Vergara completan la nueva generación que se levanta ahora y que afirma la vitalidad y la robustez de la escuela artística chilena.

### III

Hablaba, antes, de los pintores de primera fila que se quedaron en Europa; me toca ahora hablar de los de la misma categoría que felizmente para el progreso intelectual de Chile regresaron á la patria después de haber bebido en las fuentes del culto mundial y cuyos principios artísticos adquiridos en el Viejo Mundo eran

tan sólidos que ellos siguieron, á pesar de su alejamiento de los centros del arte, progresando de la manera más magnífica: estos pintores fueron después de don Onofre Jarpa, el delicado paisajista, que fué el objeto de un estudio, en estas mismas columnas, los señores Valenzuela Llanos, Rafael Correa y Alfredo Helsby. El primero de los nombrados, el señor Valenzuela, es á impregnado del espíritu y del estilo de la escuela francesa de paisaje; sus obras tienen todas las cualidades de esta escuela, composición firme y sabia, dibujo muy bien establecido, colorido discreto y distinguido, y ejecución vigorosa y pastosa; el señor Valenzuela es un paisajista completo, que posee á fondo toda la ciencia y todos los recursos de su arte. En cuanto á don Rafael Correa, él me ha dado una de las mayores sorpresas y alegrías artísticas que haya experimentado, desde que llegué á Chile. La palabra sorpresa puede parecer algo extraña, tratándose de un artista, cuyos progresos, desde algunos años, son tan constantes y denotan una fuerza de voluntad y un amor al arte, que siempre, cuando son el complemento de dotes naturales, deben dar los más espléndidos frutos; pero, entre las últimas obras del señor Correa, y el cuadro de los "Arrieros", que acaba de triunfar en Buenos Aires, hay una distancia tal que verdaderamente causa sorpresa que haya podido ser salvada de una sola vez. Desde sus primeros cuadros de paisajes con animales, siempre agradables, pero que se resentían demasiado de la influencia de ciertos maestros franceses y que, además, eran un poco tímidos en el colorido, hasta los de hoy, se ha podido, año por año, notar la evolución del pintor, la afirmación de su personalidad y la conquista de un *estilo*, que parece completo en el último gran cuadro.

No solamente esta tela consagra al señor Correa como uno de los artistas de primera fila de América, pero también demuestra cuán falsa es la creencia de que los temperamentos se debilitan

brillantes estudios artísticos en Italia y en París, se presentó en los salones de la gran capital y obtuvo una recompensa, la primera vez que exhibió un cuadro; después se incorporó en la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, donde consiguió el título de "associé", que representa la distinción más importante que haya obtenido pintor chileno alguno en Francia; después de varios años de permanencia en Francia, el señor Errázuriz se fué á establecer en Inglaterra, donde goza, en los medios artísticos más refinados, de la más seria consideración como persona cultísima y como pintor. Don Alberto Orrego Luco siguió también, en Italia, su carrera artística admirablemente empezada aquí. Los dos son, pues, pintores chilenos de primer orden y que hacen honor á Chile; pero que no ejercen ninguna influencia directa, desgraciadamente en el campo artístico de Santiago.

El caso de estos dos notables artistas no es aislado, por lo demás, y otros más ó menos recientemente han seguido su ejemplo: don Juan Harris, cuyos cuadros, ó al menos algunos de ellos, han adquirido cierta popularidad en Europa; don Marcial Plaza Ferrand, cuya exposición, el mes pasado, en los salones de "El Mercurio" reveló los progresos constantes, parecen haberse radicado si no definitivamente, al menos por mucho tiempo en Europa, y los señores Reszka y Manuel Thomson también siguen su carrera en París.

Todos estos artistas, admirablemente dotados, aprovecharon para ellos mismos, para el arte en general y para el buen renombre intelectual de Chile la estadía en Europa; pero no volvieron, no vuelven para ingertar en Chile un poco de la fresca y vigorosa savia que han adquirido ahí; no es raro, pues, que durante algunos años, se haya producido como una especie de estagnación en la evolución artística chilena; los mejores elementos iban á buscar ideales nuevos ó fórmulas nuevas... y no volvían! Temperamentos y fórmulas se quedaban allá. Mientras tanto, aquí se producían, sin embargo, manifestaciones muy interesantes, como tentativas para sa-

culdir los viejos yugos, para romper los antiguos moldes; don J. F. González no ha podido tener la misma influencia que don Pedro Lira, porque no tenía la misma autoridad y porque, si sus intenciones y aspiraciones hacia la luz y el ensanchamiento de la visión eran excelentes, sus modos de expresión, su método, su *manera*, en una palabra, eran demasiado someros y vacilantes; pero con todo es muy natural, y ha sido muy benéfico que sus ideas y tentativas hayan entusiasmado á muchos jóvenes y hayan dado una nota muy vibrante y despertadora en un medio que se estaba adormeciendo en un ambiente algo monótono y frío; su papel en el desarrollo artístico de Chile habría sido, pues, muy importante, y aprovecho con mucho gusto esta ocasión de manifestar que si, en cierta ocasión juzgué con alguna seriedad una de sus exposiciones, era á un punto de vista puramente doctrinario y porque consideraba prudente avisar á una juventud, fácil á impresionar y poco preparada para tomar la justa medida, de los peligros de una escuela cuyo ideal definitivo parece ser las notas sueltas, los apuntes rápidos y las impresiones fugitivas... pero sin pensar en rasgar el encanto de ciertas de estas impresiones y las preciosas cualidades del autor...

Pero al fin, algunos de los jóvenes que habían dado mayores esperanzas en sus estudios, consiguieron también la anhelada pensión—otros se fueron más valientemente con sus propios recursos y... esos volvieron! Y á pesar del tiempo muy corto, demasiado corto que habían pasado en París, nos dieron la grata sorpresa y el gran placer de mostrarnos los progresos asombrosos que habían hecho en pocos meses, no solamente en la técnica del arte, pero también y sobre todo en la definición de un estilo que supieron elegir y que correspondía admirablemente á la idiosincrasia de cada uno de ellos; esta vez, era una verdadera evolución y de las que pueden hacer época en la historia de una escuela artística. Estos distinguidos jóvenes artistas son los señores Alegría, Valdés, Undurraga y Espinosa, cuyos cuadros en los dos últimos salones



Cuadro de Rafael Correa